



CASA DEL ALQUIMISTA ESPAGNET, EN BURDEOS.

En el número de los filósofos herméticos mas distinguidos que florecieron á fines del siglo XVI, merece ser citado Juan de Espagnet, presidente del parlamento de Burdeos. Sus estudios profundos en la parte misteriosa de la química que tiene por objeto descubrir la transmutacion de los metales y la piedra filosofal, han salvado su nombre del olvido. Es de sentir que con tan vasta erudicion, y conociendo la física mejor que ningún hombre de su época, su loca creencia en la

alquimia, le hiciera emplear tan mal un talento que bien dirigido hubiera sido muy útil á su país. Esto lo prueba una obra sumamente curiosa titulada: *Enchyridion physica restituta nec non arcanum hermetica philosophia opus*. (Parisiis, 1625 in 8.º) En el último de estos tratados, que fueron traducidos al idioma francés por Juan Bachon, en 1625, y reunidos en un solo volumen, Espagnet trata de explicar la manera de hacer el oro á su voluntad. ¡Cuánto talento é instruccion

1.º DE SETIEMBRE DE 1830.

prodigados inútilmente! Es verdad que entonces no era conocida aun la California, y muchos hombres notables participaban de la loca creencia de nuestro filósofo.

El prólogo que puso Espagnet en la obra de Pedro Aucre titulada: *Cuadro de la inconstancia, é inestabilidad de todas las cosas de los ángeles malos y demonios, en que se trata extensamente de los nigrománticos* (Paris 1607), es también muy original y singular. El alquimista Bordenes afirma con la mayor formalidad, que en Francia acostumbraban los nigrománticos ó brujos á robar los niños pequeños para consagrarlos al culto del demonio.

Este hombre sabio al par que estravagante habitaba en Burdeos en una calle reservada entonces á los Israelitas. Está designada en los títulos del siglo XVI con los de *Judas, Pozo del Infierno y Bauleros*; este último á causa de los muchos fabricantes de cofres que tenían tiendas en ella.

Su casa, cuyo grabado encabeza este artículo, estaba aun muy bien conservada hace 60 años. Un anticuario de Burdeos posee un dibujo de ella hecho á la pluma en aquella época, y este dibujo es el que reproducimos hoy presentando este edificio en su estado primitivo. Hace diez años que se ha derribado esta fachada curiosa, y ha sido muy sensible, porque aun prescindiendo del recuerdo histórico que conservaba, el estilo de su arquitectura tenía un sello original y casi misterioso que no se encuentra en los pocos edificios antiguos que existen en aquella parte de la Francia.

No nos atreveremos á distinguir si fué el capricho del artista ó el espíritu cabalístico lo que inspiró la idea de esculpir los emblemas enigmáticos que se ven en ella; nos limitaremos únicamente á describir los adornos mas ó menos bellos que la decoran, y que carecen en concepto nuestro de todo sentido místico ó cabalístico.

En el piso bajo, consiste la entrada en una portada ancha cuyo arco rebajado está sostenido por dos adornos que representan una loba sosteniendo con sus dientes un lobezno.

La puerta propiamente dicha es de madera de roble sembrada de clavos de cabeza cuadrada; el aldabon, aunque es del siglo XVI, carece de la elegancia y riqueza de los aldabones del renacimiento. Debajo de la cornisa que sirve de coronamiento á la portada hay dos columnas sembradas de aves mutiladas, y las bases formando espiral, están floridas. En el centro hay dos pilares de un trabajo muy delicado sosteniendo tres arcos, y en cada intervalo de estos hay un ángel tocando un instrumento. El primero de la derecha toca la trompeta; el segundo el laúd; el tercero el rabel, y el cuarto el triángulo. En el arco del centro, que es el mas ancho, hay un sol debajo del cual se estiende una banderola en forma de filáctero. Mas abajo hay una triple cara de viejo barbudo que un anticuario bordelais supone representar á *Mercurio Trismegista*; pero creemos mas bien que sea un símbolo de la Trinidad semejante en un todo á las que se ven en las viñetas de los libros de devoción de los siglos XV y XVI y en muchas esculturas de las basílicas antiguas.

Cuatro figuras acompañan al referido símbolo en el centro del arco que son: El águila de S. Juan Evangelista, con un filáctero entre sus garras: enfrente hay un Ángel con un filáctero también en las manos; despues S. Lucas con su buey presentando el testuz armado de hastas, al leon de S. Marcos; mas abajo hay dos figuras fantásticas con cabezas humanas dirigiéndose cada uno hácia un lado opuesto.

En los intercolumnios hay dos escudos: en el de la izquierda, que está superado por un casco ó cimera, hay un cabrio con tres medias lunas, una cabeza en el centro y dos flores en la parte superior. El escudo de la derecha tiene la forma de un rombo ó *Losange*, está rodeado de cordones y separado en banda: á la derecha tiene cabezas de pájaro, y á la izquierda una flor.

Al lado de la puerta grande que acabamos de describir hay otra mas pequeña. El estilo tosco de los dos mascarones y de los dos postes que la adornan, anuncian que fué reedificada en el reinado de Luis XIII.

Cada uno de los dos primeros pisos recibe la luz por tres ventanas de arco rebajado, cuyos cruceros son de piedra. Los vidrios están sostenidos por fajas de plomo. Entre cada dos ventanas hay una faja de piedra formando saliente, y terminada por un monstruo fantástico. Entre las dos ventanas de la derecha, en el piso segundo, hay un animal grueso, muy raro, que está tocando una especie de zampoña. El tercer piso no tiene mas que dos ventanas; son cuadradas y sin ningún adorno.

El techo de este edificio, que no es menos bizarro por su forma que por sus adornos, termina en dos puntas agudas, en cuyos lados hay esculpidas hojas de col muy anchas. En el remate de la punta mas elevada hay un hombre decapitado sentado sobre un monstruo, y en el remate de la otra una estatua de S. Pedro con su célebre llave en la mano. Sin duda como es el *portero del cielo*, esta es la causa de que ocupe el punto culminante de la habitación.

A la izquierda de la punta mas pequeña hay un Hércules soste-

niendo una rodela con la cabeza de Gorgona; en el extremo opuesto hay un soldado con una lanza; en el intermedio de las dos puntas hay un zócalo con la salamandra de Francisco I y su divisa: *Nutrisco et estinguo*; debajo del zócalo hay un mascarón ó tarasca de una forma estrambótica.

Hay quien supone que en la parte superior de la casa de Espagnet había un observatorio que le servía para sus investigaciones astrológicas.

ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

EUGENIO GERARDO LOBO.

(Continuación.)

En dos épocas debió de dividirse la vida de Gerardo:—una en que fué *gongorino* acérrimo;—y otra en que fué *afrancesado*, ó como si dijéramos nacional. A esta época pertenecen sin duda sus primeras inspiraciones, juzgando por *El triunfo de las mujeres*, de que hablamos ya en una nota del artículo anterior. Otra razón tenemos para imaginarlo. Las poesías que escribió en España son las mejores, es decir, las mas inteligibles, las de mejor gusto, de lo que se puede inferir que le corrompió su amistad con los poetas extranjeros, quienes como Maffei y el duque de Noailles le escribían cartas en redondillas cuyos dos últimos versos eran latinos, obligándole por consiguiente á contestarles del mismo modo, alambicando su elegante pensamiento, que se vé degenerar palpablemente en una de las que escribió á Maffei:

Vuela, gira, y sepa el viento
Que alas le ciñen mayores,
Pues desatando primores
Unidamente contrarios,
Tu pluma mille trahit varios
Adverso sole colores.

En tal estado ya, dióle el golpe de gracia su viage á Italia, adonde estaba el foco del *alteranismo*, y de donde lo había importado á nuestro país D. Luis de Góngora, como prueba con muy claras razones nuestro erudito amigo D. Manuel Cañete, en sus *estudios* sobre este poeta y su secta literaria.

Las poesías de Lobo, únicos trabajos en que se ocupó, tienen el sello magnífico y estrambótico de todos los grandes poetas de su siglo y del anterior. A escepcion del *Sitio, ataque y rendición de Lérida*,—de *el Sitio de Campomayor*,—y de la *Conquista de Oran*, rasgos épicos que ni merecen citarse; y á escepcion de dos traducciones de Ovidio, incorrectas y de mal gusto, las restantes se dividen en poesías religiosas y satíricas. Rival de Quevedo en la burla, no pudo, como éste, acomodar en su lira todos los tonos. Cuando quería levantarse á conceptos altos, faltábale aquella facilidad prodigiosa de su númen, y daba en los delirios mas estravagantes que pudieron ser envidia del mismo Góngora. Pruébese esto con los poemitas que hemos citado, primeras muestras y ocasiones quizá de su corrupción, donde se le ve luchar vanamente porque su vuelo se remonte, y conseguir tan solo, en vez de la entonación épica porque anhelaba, perderse en tal dédalo de metáforas retumbantes y ridículas, que daba compasión. Véase sino la merece quien llamaba al rey Felipe V:

..... Edipo
De toda eslinge....

quien, hablando de los fuegos de la artillería, dice:
Articule la bética energía
Locucion del calibre...

y quien dejó por último muy atrás aquellos versos del *Horacio cordés*:

Quando el mentido robador de Europa
Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo,
Mentido honor del cielo.
En campos de zaliro paze estrellas....
con esta sorprendente metáfora, en que esplica que intentaron los portugueses, en el sitio de Campomayor:
..... al golpe de martillo rudo
A los férreos tenaces escorpiones
Cerrar los poros....

Lo que traducido por nosotros en lengua miserable castellana, á costa de penosos estudios y vigiliat, quiere dar á entender que los portugueses pretendieron clavar la artillería española.

Hijos estos desbarros de la imaginación de sobra de talento, ó de otras causas que no podemos esplanar aquí, fueron parte á que se amoldara el culteranismo de tal manera al carácter castellano, que, co-

mo dijimos en el artículo anterior, aun vive, aunque con distintas formas y muy degenerado, en nuestra poesía lírica. En aquella época particularmente todo coadyuvaba á su triunfo. ¿Qué mas poderosos corruptores del gusto que los temas que se elegían para los certámenes entonces? Dos recordamos en que concurrió Gerardo. Propuso el primero la Real Academia de Lisboa, y por asunto las cinco palabras de la consagración del pan, pidiendo sobre cada una la obra poética que placiese á los autores. Gerardo escribió de la segunda palabra, reduciéndose á explicar, según las condiciones de la Academia, *la sustancia del Eucarístico Sacramento, sobre la palabra EST, verbo sustantivo*. ¡Ridiculaz atea! Los misterios mas sagrados puestos en tela de poética discusión! Y aquellos siglos se llamaron por excelencia religiosos, y osaban analizar la sustancia del verbo divino! Y entonces habia censura inquisitorial que habia encausado á Mariana, quemado á Miguel Servet, y proscrito, en fin, todo pensamiento que se presentaba con aire de osadía!

Gerardo por su parte trató tan á la moda el asunto, que aun no hemos comprendido palabra de su composicion. Literariamente considerada es detestable, y teológicamente, tejido de blasfemias. Véanse sino algunos versos copiados al azar:

Hombre Dios embocado
Definitivamente
En blando trage de comun comida.
.....
Corporal perfeccion de tierno amante.....
.....
De la sagrada escritura
Las arcanidades....
.....
Cinco palabras de eficaz sentido,
Adonde sumergido
El humano discurso,
A creer se conforma
En la visible forma
De invisible virtud....

Tambien escribió Gerardo para explicar los porqués del Sacramento sobre la palabra EXIM; pero tanto de esta obra, como de la del otro certamen que al principio mentamos, mas ridiculo aun que el de la academia de Lisboa, no nos ocuparemos por no dar á estos artículos demasiada estension. Bástenos decir que un censor religioso medianamente ilustrado se hubiera opuesto á la impresion de estas poesías, ó mejor á los certámenes mismos, porque pintaban á Dios tal como le comprendieron los inquisidores siempre, monstruo de cien bocas, que solamente acertaba á devorar cristianos, es decir, hijos suyos. Pobres gentes que abominaban de la mitología cuando Saturno los pudiera acusar de plagarios...

Lléganos la ocasion de decir grandes elogios de nuestro poeta. Habiamos guardado de propósito para este punto, porque creemos que así será mas notado el contraste que forma como poeta satíricos y como poeta de otros géneros. Hemos dicho que nos parecia superior á Quevedo, y vamos á intentar probarlo. Si no en correccion de lenguaje, porque esto era humanamente imposible en tiempos tan franceses, le supera Gerardo Lobo en estro, en cortesania, en finura y en decencia. Solamente muy rara vez se deslizo Gerardo á pensamientos *verdes* (1), pero de manera tan levisima que mofara su blandura el autor del romance á doña Dinguindaina. Digase, para prueba, si Quevedo escribió algo tan chistoso, tan oportuno, tan valiente, y de versificación tan fluida como la famosa carta que ponemos á continuacion. (Y cuenta que hasta el único rasgo gongorino de bulto que se advierte en ella es tan poético y chistoso que merece disimulo.)

A DON LUIS DE NARVAEZ, SU TENIENTE-CORONEL, DÁNDOLE CUENTA DE LA INFELICIDAD DE LOS LUGARES DE Bodonal y Elechosa, DONDE ESTUVO DE CUARTEL.

Despues, amigo, del día
Que entre kiries y alleluya
Te apartaste con la tuya
Dejando mi compañía:
Despues que de Andalucía
Te dió el viento en las narices,
Por mil sierras infelices
Fatigaron mis trabajos

(1) Aludimos al romance *A una viuda, joven, rica y hermosa*, donde lo único reprochable que se encuentra, son algunos versos como estos si de sobra maliciosos, bastante embocados:

Si era tu marido anciano,
Y quedas tan fresca y mora,
Aunque con algo de menos
De más con otras mil cosas....

Los caminos de los grajos,
Las sendas de las perdices.
En busca de mi cuartel
Anduve de cerro en cerro,
Hecho un lobo y hecho un perro,
Porque no daba con él.
El lugar del coronel
Pasé, como fué notorio;
Tambien pasé el refectorio
De Montalvo, de Esporrín,
De Soler, y pasé, en fin,
Las penas del purgatorio.

Con industria artificiosa
A cualquiera que encontraba,
Como enigma, preguntaba
Por Bodonal y Elechosa.
Oyendo esta quisicosa,
Dijo un Fulano de Tal:
«De Elechosa y Bodonal
»Se llevó los habitantes
»Un arroyo, mucho antes
»Del diluvio universal.»

Con esto andaba sin fin,
Sin término ó paradero,
No teniendo mas dinero
Que los cuartos del rocín.
Por uno y otro confin,
Investigando destinos,
Militantes peregrinos
Me seguían mis soldados,
Los caballos desherrados,
Pero errados los caminos.

Quiso Dios que á puro andar,
Hecho racional huron,
Atisbé la situacion
En donde estubo el lugar:
Empecé á brujulear,
Y entre quemadas encinas
Vi unas casas como ruinas.
Que hicieron esteras
Pegadas á un cerro, á modo
De nido de golondrinas.
Aquí trepando, se embasa
La tropa, mi concoleja;
Pero hallaba sola.... riega
A la una y otra casa;
Cuando en este instante pasa
Una muger por aquí,
Un javali por allí:
Y ya no supe qué hacer,
Si tirar á la muger
Ó apuntar al javali.

— ¡Tan bella fué! — pero ahora
No la pinto, que es de noche:
Aguarda que desabroche
Cándidos pechos la aurora:
Deja que destile Flora
Aljofarados candores;
Que desenvaine fulgores
El mayorazgo del día,
Y que enarbole Talía
Tabla, pincel y colores.

¡Pero dónde lo elocuente
Me lleva? Con dos tizones
Tirando cuatro borrones
Se pinta mas fácilmente.
«¿Dónde, dige, está la gente
»De este village tan bueno?»
Y ella con lábio sereno
Respondió: «Todo el lugar
»Salió esta tarde á limpiar
»Una parva de centeno.»
Maldiciendo mi destino
Hice boletas de valde,
Siendo yo escribano, alcalde,
Alojamiento y vecino.
Para mi casa examino
Una como ratonera,
Que tenia en la cimera
Con industrias esquíitas

Muchas cruces de cañitas
 Por techo ó por cobertera.
 Parecía portallillo
 De Belén, pues acumula
 Buey cansado, flaca mula,
 Y al margen un jumentillo.
 Ella tiembla, y no me humillo
 Al miedo, pues considero
 Que aunque el techo todo entero
 Sobre mí venga á caer,
 Lo mas que me puede hacer
 Es ensuciarme el sombrero.
 Me embuti en un cuarto estrecho,
 En cuya tuerta pared
 No hay balcon, ventana ó red;
 Pero sobran en el techo.
 Con vanidades de lecho,
 Sobre un jergon requemado
 Etico y estenuado,
 Un débil colchon se hilvana,
 Que algun tiempo fué por lana
 Y se volvió trasquilado.
 Yace de madero burdo
 Mal descotillado un cofre;
 Cuelga un medio San Onofre
 Y un San Gerónimo zurdo.
 Al verle empuñar me aturdo
 De la piedra el chicharron;
 Roto tiene el corazon,
 No de golpes que se ha dado,
 Sino de haberle tirado
 Dos pellicos un raton.
 Una silleta de paja
 Y un bufetillo se espresa,
 Que tiene por sobremesa
 Un pedazo de mortaja.
 Debajo un galgo se encaja
 Que me regala con roscas;
 Y entre telarañas toscas
 Vive medio tarro infiel
 Que era archivo de la miel
 Y ahora es reclamo de moscas.
 De mi patrona el matiz
 Al alma causa vaivén:
 Trae por frente una sarten
 Cuyo rabo es la nariz.
 Sus ojos ¡cosa infeliz!
 Por niñas tienen dos viejos;
 Se descuelgan rapacejos
 De la boca á las pechugas,
 Y entre el vello y las arrugas
 Se pueden cazar conejos.
 En dos varas de sayal
 So humanidad embanasta,
 Y unas como medias gasta
 De pelo muy natural.
 Uno y otro carcañal
 Es de galera espolon;
 Y en la circunvalacion,
 Patrimonio de Girones,
 Cirios, borlas, y pendones
 Caminan en procesion.
 En el sobaco derecho
 Mete un mico racional
 Envuelto en medio pañal
 Y lo restante deshecho.
 Cuando lo enarhola al pecho,
 Una, á modo de ala floja
 De murciélago, despoja
 Por resquicios del jubon,
 Y al niño asesta un pezón
 Como tabaco de hoja.
 Con su donaire, su aseo,
 Y su agasajo esquisito,
 Se retira el apetito
 Dos mil leguas del deseo.
 Su antorchita apaga Himeneo,
 Y el afecto sensual
 Se esconde en un carcañal
 Huyendo la inquisicion,

Que aquí la propagacion
 Es un pecado bestial.
 Esta es la casa en que vivo
 Y la patrona en que muero,
 Esta la gloria que espero,
 Y el galardón que recibo:
 Ahora el lugar te describo,
 Pues la ociosidad abunda:—
 Sobre un chinarro se funda,
 Solo un candil le amanece,
 Un tomillo le anochece,
 Y una gotera le inunda.
 Su término son cien jaras
 Con seis colmenas, que apenas
 Darán miel las seis colmenas
 Para lavarse dos caras.
 Para el gasto de las aras
 Vino no tributa el suelo,
 Porque no tiene majuelo,
 Guindo, peral, ó castaño,
 Ni allí se vé mas rebaño
 Que las cabrillas del cielo. (1)
 Encontré por conjetura,
 La Iglesia, donde esquisitas
 Lloraban mil candelitas
 Sobre triste sepultura.
 Jamás tal arquitectura
 Hallé en el vocabulario:
 De almagre tiene un calvario,
 Y allá en el propiciatorio
 Dos almas del purgatorio
 Se columpian de un rosario.
 Una cesta el día de fiesta
 Pone el cura, y los pobres
 Le van echando zoquetes:
 Yo temí entrar en la cesta.
 Si me paseo se apura
 El ánimo fatigado,
 Que es lugar mas intrincado
 Que lugar de la escritura.
 Tal vez hablo con el cura
 De Dédalos, de Faetontes,
 De Astrolabios, de horizontes,
 De diamantes, de esmeraldas,
 Y al fin, porque tienen faldas,
 Hablo tal vez con los montes.
 Aquí nació la carencia,
 Madre de la poquedad,
 Parió á la necesidad
 En brazos de la abstinencia.
 Si de Dios la omnipotencia
 Me saca de esta ensenada,
 Quedará glorificada
 Otra vez, pues es lo mismo
 El sacarme de este abismo
 Que el hacermelo de la nada.
 Aristóteles decía,
 Filósofo el mas profundo,
 Que en los ámbitos del mundo
 No se dá cosa vacia;
 Mas, vive Dios, que mentía
 En su sistema ó su chanza,
 Porque tengo confianza
 Que lo contrario dijera,
 Si en este tiempo viviera
 En mi cuartel ó en mi panza.
 De puro sutil me quiebro:
 Mis ojos sobresaltados
 Tristes están y arrimados
 A la pared del cerebro.
 Allí les dice un requiebro
 La amistad del colodrillo,
 Y recelo que Ronquillo,
 Presidente vigilante,
 Mande prender mi semblante
 Porque le traiga amarillo.
 Del alma enemigos tres,

(1) Aquí suprimimos una décima, y en el final dos, en gracia de la brevedad.

No dan aquí testimonio,
Porque si viene el demonio
Se le resbalan los pies.
El mundo busca interés,
Y fué á otra parte por eso:
Y para que en lo travieso
Livianidad ninguna encarne,
Ya no me tienta la carne,
Que solo me toca el hueso.

Corren haciendo remansos
Las tripas en sus campañas,
Sortija, estafermo y cañas:
¡Ojala corrieran gansos!
Si de burros ó de mansos
Cencerros oyen tal vez,
Presumen que es almirez,
Y hay tripa que se adelanta
A subirse á la garganta
Donde me come la nuez.

Es tanta mi laxitud,
Que en muriéndome, me obligo
A que una paja de trigo
Me sirva para ataud.
La necesidad virtud
Hace mi dolor acerbo,
Y dejando lo protervo
Mis penitencias entablo
Para imitar á San Pablo,
Pero no me viene el cuervo.

Emboscado en la aspereza
El hambre conmigo lucha:
Bien sabia que era mucha;
Mas no tanta mi flaqueza.
La fantasía tropieza
En una y otra vision,
Y á costa de la oracion
Por comerme todo entero
Al hermano compañero
Ser quisiera San Anton.

A escepcion del *Marcicélag alevoso* no conocemos nada escrito con mas ligereza ni con tan bello colorido. Leida esta carta, nadie vacila en colocar á Gerardo Lobo entre los primeros poetas satiricos de nuestro Parnaso. Y ademas de esta escribió algunas poesias del mismo género bastante notables, con la misma sencillez y el mismo estilo, como *A un amigo dándole cuenta de un alojamiento*, *La carta desde Berlanga al Padre Joseph Herrera*, *Las irónicas instrucciones para ser buen soldado*, y algunas de las que escribió sobre el *Chichiseo*. Únicamente le aventajó el autor de las *Musas* en la profundidad filosófica; pero esto se disimula en un soldado que vivió y murió tan aventuradamente. Júzguese de los dos escritores con relacion al carácter literario de sus épocas; júzguese de Quevedo, como nacido en tan poético siglo, con amigos que eran la admiracion de Europa, con libertad mas amplia para esplayar sus pensamientos satiricos, y júzguese de Gerardo, como de un militar calavera, entregado á sí mismo, de vida nómada, dedicado á un género que es siempre peligroso, porque ataca lo ridiculo, y lo ridiculo es segunda faz de todas las sociedades. El mismo sábio rey Felipe V nos dió una prueba.

Tambien compuso Gerardo dos poesias bucólicas, tan notables por su sencillez apacible, por la ternura de la dicción, y por la lozanía de las imágenes, que traen á la memoria á Gil Polo. En las regiones de la verdadera filosofia—y aquí escluimos de la cuenta todo lo que compuso sobre temas sagrados,—solo penetró una vez y para triunfar.

A un amigo que se convidó á venir á celebrar el cumpleaños del autor á su casa.

Fabio, de tu amistad quedo dudando
En esta persuasion que estoy leyendo, (1)
Porque me induces á aplaudir riendo
Aquel instante en que nací llorando.
Aquella pobre cuna contemplando
Lágrimas de dolor estoy vertiendo,
Y en el cuando pasado estoy temiendo
Las amenazas del futuro cuando.
Fúnebre consecuencia, mas precisa,
Que á nuestros vanos pensamientos aja,

(1) Sin duda su amigo se convidó por escrito.

Y en el mismo nacer se nos avisa.

¡Ah, cuánto, oh Fabio, á la razon ultraja
El que consagra cánticos de risa
Al dia que le enseña la mortaja!

En nuestra humilde opinion Gerardo Lobo, con mas reposado carácter, y con nacer en mas clásico siglo, hubiera dado mucha honra á las letras castellanas, porque su númen era inagotable, lozanísima su imaginacion, su facilidad estremada, sus conocimientos no vulgares, y le adornaban en fin casi todas las dotes de los grandes poetas.

(Continuará.)

VICENTE BARRANTES.

CASCADA DE LAUFEN EN SUIZA.

A corta distancia de Schaffhausen, que es el primer pueblo considerable que se encuentra, entrando por el Norte de la Suiza, presenta el Rhin esta cascada, que es la mayor de Europa si no por la altura de la caída, por el grueso volumen de las aguas. El rio corre manso y apacible antes de precipitarse, y nadie adivinaria en la corriente pérdida el cercano desastre, sin el terrible trueno que lo denuncia, y que desafian hasta muy cerca en botes aun las mugeres y niños. Sin embargo, la caída es violenta; y el rio, en una anchura como de sesenta pies, se precipita de una vez, de una altura de ochenta, que forma una sola grada hasta el álveo profundo que lo recibe.

En esa grada superior se levantan tres rocas enormes, que parecen desnudos fragmentos de algun dique con que en vano pretendiera la naturaleza enfrenar el impetu de las masas. Fué deshecho y precipitado en la sima; y horadados, maltratados y cruelmente batidos hoy los quebrantados restos, subsisten aun solo tres rocas como tres columnas de ruinas, que solo sirven para dividir en brazos los raudales furibundos, y para hacer levantar mas alto la voz de aquel rey embrevado de las selvas.

La cascada tiene diferentes perspectivas, vista de frente y por los costados de ambas orillas; pero la mas portentosa y sorprendente es sin duda la que se goza desde la ribera izquierda. De esta parte la caída es perpendicular, mayor el grueso de las aguas, y el hombre ha hecho un esfuerzo de artificio para gozar á placer todo el efecto de aquel terrible juego de la naturaleza. Debajo de la grada superior de donde se precipita el rio, y encima de la inferior que lo recibe, se ha construido entre uno y otro una escalera de hierro.

La orilla, tan cercano de la vertiente que casi está debajo de ella, y aun es salpicado continuamente por los últimos ramales de la corriente. El espectador tiene que cubrirse con capas encerradas, que se tienen allí preparadas á el efecto, para que no sean empapados sus vestidos; pero prevenido ya de esta manera desafia al furor del elemento, y se arroja, no sin algun temor al principio, al húmedo balcon incesantemente regado por las amenazantes aguas de la catarata.

Allí el efecto es magnífico, pero terrible. Se alzan los ojos, y se ven despenarse aquellas masas enormes, en cantidades tan inmensas con un ruido tan espantoso y con tan asombrosa violencia, que parece vienen á caer sobre la cabeza, y arrebatan consigo y hundir en los abismos á la insensata curiosidad del viajero. ¿Quién se podrá creer seguro sobre frágiles maderos, debajo de aquellas inmensas moles, precipitándose tan de cerca? Las gotas de agua que caen sobre el rostro estupefacto, parecen avisar incesantemente el peligro; y sin embargo, nada basta para aterrar al espectador y arrancarlo de aquellos lugares antes de saciarse en la contemplacion de la maravillosa escena.

Ariba el torrente despenándose; delante corriendo las aguas con una velocidad inconcebible; y abajo estrellándose en las rocas del fondo con un fragor tan estrepitoso y terrible, que apaga todas las voces y ensordece todos los sonidos. En vano intentaria hacerse oír allí el debil grito de la admiracion ó de la sorpresa. ¿Qué es la voz del hombre comparada con la de aquel gigante hijo de las montañas? Allí no se vé mas que el rio, no se oye mas que su estruendo, no se hace mas que ver, oír y contemplar en silencio aquel rugido sobrehumano, eterno, infatigable, que nunca cesa ni se cansa, como los inmensos raudales siempre renacientes que lo alimentan. Solo se deja embebecido aquel lugar para pasar á otro.

El otro es la ribera opuesta. ¿Quién osará pasar en esa débil barquilla, confiada solo á los remos y experiencia de dos hombres? ¿Cómo atravesar la corriente tan cerca de la bramante catarata? ¿Cómo no ser arrebatado y envuelto en la irresistible violencia? ¡Vanos temores! El cauce inferior, nivelado como el superior, no impele la corriente con impetu incontrastable, y un fragil barquichuelo cargado de curiosos, atraviesa el ancho álveo con mas temor que peligro, aunque es menester mantenerse dentro inmóviles para no esponerse á un fracaso.

El rio hace una sinuosidad en aquel mismo punto, y así en la ori-



Cascada de Laufen.—Suiza.

lla opuesta se vé de frente la cascada, y el espectáculo es mas completo.

Se ven en el cauce superior las azuladas aguas del río, correr tranquilas y silenciosas, como ignorantes de la catástrofe que les espera: se las vé estrellarse en las tres rocas de la grada, convertir en cristales el azul, dividirse en cinco brazos de espumas; arrojar se bramando los raudales, desenvolviendo anchas cortinas blanquissimas, coronadas con las tres puntas caprichosas de las rocas; caer con furia en un lago de leche que las recibe con mayor estrépito y movimiento, y elevar hasta sobre las laderas el blanco polvo de las espumas, revestido con los variados colores del iris. De aquí la perspectiva es mas completa, mas bella, mas grandiosa; de allá es mas original, mas sorprendente, mas terrífica.

Se dice que algun osado ha intentado y conseguido, cuando las aguas estan bajas, navegar en la barquilla sobre el cauce inferior del río hasta el pie de la roca del medio; escalarla; subir á ella, y de sobre la copa de un pino que antes se conservaba, dominar triunfante los dos cauces, y contemplar á sus pies el vencido furor de la caída.

En esta ribera, sobre la misma orilla, hay una cámara oscura que refleja la imájen de la catarata; y en la otra, en la quinta llamada de Laufen, un gabinete con cuadros y pinturas de todas las diferentes vistas de la caída, al sol, al crepúsculo y á la luna. El viagero no se cansa de admirarle de todos modos, en la realidad, en el papel, en la sombra, y le deja al fin satisfecho, pero no saciado; siempre presente aquel espectáculo que ya no vuelve á borrarse de su memoria; siempre en los oídos aquel trueno eterno y terrible que lo persigue por todo el camino, que se oye hasta el vecino canton de Zurich, y algunas veces hasta Egliseu, cerca de cuatro leguas de distancia.

C. BERNAL.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Conclusion.)

Matilde hacía lo que otras muchas; con pretexto de salir á tiendas á primera hora de la mañana, á la aurora para la gente del buen

tono, esto es, á las diez poco mas ó menos, dejaba sola el hogar doméstico, vistiendo un elegante pero modesto traje de seda de color oscuro, envuelta en la discreta mantilla de tafetan, cuyo velo caído, sin ocultar precisamente el rostro, vá diciendo á las gentes: «Hagan VV. como que no me conocen;» y en tal forma daba con su persona en la calle del Carmen. ¿Había allí personas sospechosas? La señora iba á tiendas, y entraba en efecto en las que creia conveniente. Estaba libre el campo? Deslizábase como una exhalacion hasta la casa de la calle de los Negros, casa no por cierto única en su especie, numerosa mucho mas de lo que á los maridos conviniera. De ese modo se conducen las mugeres galantes pero cautas, que no quieren dar escándalo, dicen ellas, ni ponerse á merced de sus criados.

Años de impunidad, repetidas aventuras felizmente desenlazadas, la confianza de predestinacion de Mendoza, la apasionada ceguedad de Tellez, y la aparente tranquilidad del mismo Almazan, hicieron creer á Matilde que nada que temer tenia, y osar hasta el punto de escoger para verse con Sotopardo el teatro mismo de sus citas con Alfonso.

Y á la verdad el ex-teniente coronel ni recelaba siquiera que don Carlos fuese su rival; con tanto secreto, habilidad y rapidez condujeron Matilde y Sotopardo su intriga. Alfonso era con evidencia quien le suplantaba, y Alfonso quien con la pérdida debía pagar la pena de su culpa.

En tales ideas y resuelto á no diferir su venganza, Almazan despues de bien calculado su plan, y tomadas las medidas conducentes á realizarla, colocóse á las nueve de la mañana del dia siguiente al del descubrimiento de la traicion de que era victima, dia que era precisamente el señalado para la primera íntima conferencia entre don Carlos y Matilde, frente á la casa de esta, oculto en un portal, y á mayor abundamiento oculto bajo los paños de una ancha capa y el ala de un sombrero portugués.

Minutos antes de las diez vió, en efecto, salir de su casa á la hija de Milagros; mas — ¡oh sorpresa! — acompañábala su marido.

«Vamos, se dijo el celoso: no se verán hoy, y la taidama se lleva á Mendoza á tiendas para ocultar mejor su juego.»

Y en verdad el buen esposo, dando el brazo á su muger, y hecho con ella una jalea, encaminóse en derechura al emporio entonces, y aun en gran parte ahora, de los géneros de moda: á la calle del Carmen Almazan los seguía de lejos, sin esperar él mismo fruto alguno de su expedicion; maquinamente por decirlo así.

Ya en la puerta del Sol, dijo Matilde á su esposo: «Ahora señor don Carlos, V. á su oficina, yo á mis tiendas. — ¿No quieres que te ferie un vestido? replicó él con estúpida candidez. — Anda á cumplir con tu obligacion, y déjame á mi despacharme á mi gusto. — Pero el

vestido que vas á comprarte lo pago yo.—Si, hombre si, tú pagas los gastos de esta expedición.—concluyó la redomada cortesana riéndose á carcajadas; y Mendoza, mirándola con ternura, resolvióse, en fin, no sin pena á marcharse en busca de sus expedientes.

Ella, que era muger precavida y aprovechada, primeramente entró en una tienda á comprar un vestido, encargando que la factura se la enviasen á su casa á la hora de la comida; luego pasó á una platería donde ya tenía encargada la sortija de ordenanza, con la fecha de aquel día grabada en lo interior del anillo; y recogida que la tuvo, fuese, en fin, al modesto paraíso de la calle de los negros.

Hasta allí, con toda la habilidad de un polizone consumado la espió puntualísimamente Almazan; y al verla, en fin, desaparecer en la penumbra del oscuro zaguan, experimentando diabólico júbilo, y dilatada la fisonomía por el infernal sentimiento de su cobarde venganza, exclamó entre dientes:—«¡Un momento, pérdida, un momento, y tú verás lo que vá de Almazan á Mendoza!»—Desahogada un tanto así la hiel de sus rencorosos sentimientos, dirigióse en rápida marcha á la inspección de caballería, donde halló ya á Mendoza, puestos los manguitos de negra percalina, caladas las gafas, la pluma detras de la oreja, y leyendo gravemente la Gaceta, único periódico que con el diario de Avisos partía entonces el monopolio de ocupar las primeras horas de la vida del vecino honrado, y de distraer á los oficinistas de sus penosas tareas.

¡Pobre Mendoza! En el momento de estallar el rayo sobre su cabeza, creíase, y era en efecto, pues que lo creía, el mas feliz de los mortales. Almazan fué el verdugo que, arrancando sin misericordia la venda que sus ojos cubría, le hizo conocer el abismo de su infamia.

—«Compañero, le dijo, véngase V. conmigo al instante.—¿Qué ocurre? preguntó el marido lleno de zozobra, pero creyendo que su amigo era el desdichado.—Un negocio de honra: sígame V. no perdamos tiempo.—Bien, voy á decirselo al secretario...—Nada; vámonos ó se pierde la ocasión para siempre.»

Mendoza obedeció como solía; salieron juntos los dos amigos, y Almazan, ya en la calle, rompió en fin la valla, diciendo:

—«Don Carlos, yo que soy su mejor amigo de V. no puedo consentir su infamia. Hace días que sospechaba, y hoy sé con evidencia que su muger se vende....—Mentira, exclamó pálido como un cadáver el honrado Mendoza; ¡Almazan V. miente, y le arrancaré la lengua y el corazón á estocadas en castigo de su calumnia!!!»

El ex-teniente coronel, sin desconcertarse, replicó:—«Yo diría lo mismo en su lugar de V.; sus insultos, por consiguiente, no me ofenden: pero es de mi obligación, repito, abrirle los ojos á mi mejor, á mi mas querido amigo. Sígame V. y verá lo que solo despues de visto puede, en efecto, creerse.»

Suelen las leyendas alemanas pintarnos con frecuencia á un hombre que arrastrado por la candente mano de un espíritu de tinieblas, atraviesa mal su grado en rápido vuelo, y sin conciencia apenas de su posición, inmensos espacios, vertiginosa la cabeza y helado el corazón de espanto; en estado semejante seguía Mendoza á don Pedro de Almazan hácia la calle de los Negros. Sofocado por el dolor y la ira, penetró en el zaguan de la nefanda casa; presa aun de congojosas dudas era cuando su guía abrió la puerta del cuarto segundo con llave que á fuerza de oro consiguió hiciese en las últimas veinticuatro horas el cerrajero mismo que á Matilde había servido, y del cual le dió noticia al traidor celoso el zapatero del portal.

No oyeron los de adentro abrir la puerta, ni era fácil que lo oyesen en el estado en que se hallaban, porque en vez del cuadro criminalmente voluptuoso que Almazan tenía seguridad, y Mendoza temor de hallarse en aquella casa, y el desengaño había ya comenzado á esgrimir allí su implacable azote.

Para que se nos entienda forzoso será retroceder algunos pasos en el camino á cuyo término tocamos.

Matilde á su llegada halló ya á Sotopardo en el tabernáculo de sus culpables placeres, puntualidad que le pareció de buen agüero; mas nuestro protagonista, grave, y ceremonioso como la ocasión no lo requería ni la dama lo esperaba, recibióla compasada y melancólicamente.—«Será, se dijo la hija de Milagros, la turbación natural en la primera entrevista; el temor acaso de que yo quiera vengarme de tantos y tan largos desprecios como de él tengo recibidos.»

En tal persuasión, y para animarle, manifestóse ella tan expansiva y cariñosa como él reservado y grave: mas, deteniéndola á la primer caricia, preguntóle Sotopardo:

—«¿Es verdad, señora, que por amor á mi persona viene V. á esta casa?»—«¡Buena pregunta!» exclamó Matilde cada vez mas convencida de que la preocupación del galán era efecto de tímida desconfianza.—«¡Buena pregunta! ¡Hay tal niña! ¡Pues qué cosa, así no un amor que V. no merece, señor mio, pudiera obligarme á dar este paso?»

—«Entonces, contestó Sotopardo cada vez mas grave, entonces,

señora, Laura está vengada, y Alfonso se salvó milagrosamente del precipicio á que caminaba.»

Pronunciando esas palabras, cuyo efecto en la hija de Milagros dejamos á la consideración del lector, abrió don Carlos la puerta de una alcoba hasta entonces cerrada, y sacó de ella por la mano á Teñez, en quien la ira, el dolor y el asombro, disputándose la posesión de su alma, paralizaron hasta la lengua por el momento.

Matilde, por el contrario, comprendiendo al ver á Alfonso la red que Sotopardo le había tendido, recobrada súbitamente la cinica serenidad que la distinguía, miró primero con lástima irónica á su joven engañado amante, luego á su implacable enemigo con todo el veneno de un irritado basilisco, y prorumpió al fin en estas voces:

—«Alfonso había creído sin duda que yo era su mayorazgo; ¡cosas de niño! El día que yo quiera volveré á mis pies. En cuanto á usted, por quien confieso haber tenido un capricho, señor don Carlos, le creí caballero y me he engañado. ¡Cómo ha de ser! Pero á fé que tiempo tenemos delante, y no seré yo quien soy si no le pago con usura cuanto le debo.»

—«Señora, replicó Sotopardo con el tono de un juez inflexible cuando se dirige al criminal empedernido: años hace que soy víctima, y que lo han sido muchos que valían mas que yo, de la perfidia de V.; años hace que tolero, por efecto de mal entendida generosidad, que sea V. el tizon de mi fama, el veneno que emponzoña mi existencia, y que goce en paz el fruto de sus repetidos crímenes.—No replique V. y oiga una vez siquiera la verdad desnuda.—Una palabra mia hubiera bastado en Madrid como en Sevilla, en Sevilla como en Granada, hace años como ahora, para hacer que la faltsa posición de V. en el mundo se disipase como una sombra, y que la bastarda hija de una gitana y de un asesino, la impúdica doncella, la esposa adúltera, la hermana alevosamente traidora, la hija desnaturalizada, fuese ignominiosamente espulsada del seno de la sociedad. Esa palabra no la he pronunciado, por respetos culpables á mi mismo, porque no se me acusara de faltar á la ley de caballero, porque no se dijese que abusaba de mi fuerza con un ser débil.»

—«Hice mal, hago mal ahora mismo limitando el castigo de V. al desengaño de Alfonso; porque si yo soy caballero, eso mismo me impone el deber de estirpar en V. un cáncer social; porque si V. parece débil y lo es para luchar conmigo cuerpo á cuerpo, es también una vívora ponzoñosa cuya mordedura es mortífera.—Deme usted, pues, las gracias porque me limito solo á arrancar á este desdichado de sus garras, y vuelva al mundo en que brilla, segura de mi silencio si respeta á Alfonso, si de mí no se acuerda; segura también de mi implacable venganza en el momento de que á una de esas dos condiciones falte.»

La actitud, el tono, la elevación casi inspirada de Sotopardo mientras así hablaba, hicieron descender al corazón de Matilde el hielo de la muerte; por vez primera de su mala vida sintió la malvada, ya que no las amarguras del remordimiento, si las congojas del miedo. Pálida, pues, como petrificada, creyéndose bajo la cruel ilusión de una funesta pesadilla, oía las palabras de su juez, que una á una, á manera de agudos puñales iban en su pecho clavándose, cuando de súbito abrióse la puerta de la sala en que aquella escena ocurría, y se precipitó por ella el infeliz Mendoza, seguido de su maléfico genio el villano Almazan.

Renunciamos á pintar al pormenor el triste cuadro que el conjunto de aquellos seres produjo, limitándonos á decir que el mas desdichado, inocente, y de lástima digno era el esposo ultrajado.

La vista de Matilde en tal casa y compañía, sacó á aquel infeliz del paraíso de su engaño para conducirle sin transición, sin preparación, al averno de su infamia. Herido á un tiempo en el corazón y en la honra, y herido de muerte cuando menos lo esperaba.

¿Qué mucho que la voz y el sentido, le faltasen á un tiempo?

Perdió en efecto el sentido, y quizá cayendo al suelo desplomado acabaran sus penas, si Almazan no acudiese á recibirle en sus brazos.

Alfonso, incapaz hasta entonces de pronunciar un acento, recobra el uso de la palabra al entrar Mendoza, y dirigiéndose á Sotopardo, díjole iracundo:—«Al marido también, señor don Carlos. ¡Es una infamia!—¡Ampárame Alfonso! Exclamó Matilde aprovechando la ocasión hábilmente. ¡Ampárame, mi corazón es solo tuyo; y si he sido frágil un momento, harto castigada estoy por ese villano.»

No pudo por el momento replicar don Carlos, porque ayudaba á Almazan á reclinarse sobre un sofá el inerte cuerpo de Mendoza, y á desabrocharle el uniforme: pero así que aquel piadoso deber hubo cumplido, dijo.—«Si, Alfonso, revelar al marido las flaquezas de su muger es una infamia, y doble infamia en el que la ha cometido; porque este hombre (asiendo del cuello al trémulo Almazan), este hombre siempre cobarde, siempre villano, siendo el amante ordinario de esa muger digna en todo de él, este hombre es el que la ha vendido, y hecho la desgracia de Mendoza.—Confiesa miserable, ¿Es cierto lo que digo?—Matilde nos ha engañado á todos, supe

» que me era infiel con don Alfonso.—¿Y la has delatado, monstruo?
 » le preguntó brotando fuego por los ojos el capitán page.—Los ce-
 » los me han trastornado el juicio...»

También el de Alfonso se trastornó un instante al considerar tanta infamia, y tirando de la espada iba ciego de cólera á clavarla en el corazón del traidor: pero Sotopardo deteniéndole exclamó:—«La espada no, Alfonso; si acaso, la vaina. Ese villano es indigno de otra cosa.»

En fin, la serenidad de don Carlos acabó por triunfar de las pasiones buenas y malas, violentas todas, de las personas en la calle de los Negros entonces reunidas. Mendoza recobró el sentido, y después de querer matar uno por uno y todos juntos á cuantos delante veía, acabó por deshacerse en lágrimas de fuego, lágrimas sin ceras, lágrimas que no mancillan. Porque ¿si el hombre no llora su honra sin culpa perdida ó por lo menos mancillada, qué le será lícito llorar en este mundo?

Una vez los espíritus predispuestos á la discusión, Alfonso propuso que Matilde y Mendoza se separasen sin estrépito; el mismo Mendoza se prestaba á ello desterrándose á América; Almanzan osó decir, que él pagaría una pensión á la culpable.... Sotopardo opuso su veto soberano á tales proyectos, diciendo:

«No, Alfonso, no Mendoza: su generosidad de VV. les engaña, y vá á hacerlos cómplices en los nuevos crímenes de ese monstruo, si libre la dejan. En cuanto á V, señor Almanzan, lo que ha de hacer es libertarnos de su presencia en el acto, y tener entendido que si revela un solo ápice de los secretos que sabe, á pesar de mi repugnancia á servirme del acero contra los cobardes, le cortaré infaliblemente la lengua.»—Desapareció Almanzan y prosiguió Sotopardo.—«Mendoza, su muger de V. no es una de esas desdichadas víctimas de la pasión que delinquen, sin infamar por completo su alma; no: es una criatura envilecida, que de soltera le disputaba los amantes á su Madre, y de casada se entregó desenfrenadamente al libertinaje. La sociedad no conoce los misterios de su vida, pero sabe de sus aventuras lo bastante para que V. pasara por lo que no es, mostrándose indulgente con ella.»—¿La he de matar? ¡Dios mío! exclamó el infeliz bondadoso marido.—No, pero sepárela V. del mundo, enciérrela para siempre en un claustro.—¿Cómo Laura! prorrumpió aterrada la culpable.—Si, prosiguió Sotopardo, como Laura, menos el candor del alma, menos la sinceridad del arrepentimiento, menos la nobleza de los sentimientos.»

El consejo de Sotopardo fué aceptado, á las cuatro de aquella tarde ya Matilde yacía reclusa en un convento de ascética severa disciplina.

El tiempo y la reflexión curaron á Alfonso de su desdichada pasión; Mendoza al cabo huyó á nuestras posesiones ultramarinas; y don Carlos... don Carlos se casó con Inés, sin amor decía él, sin amor repetía su feliz esposa riéndose: pero sin amor probó con su ternura conyugal, con su excelente carácter y sincera aunque tolerante moralidad, que no siempre que en mal suena el río, es porque lleve gran caudal de aguas en efecto.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

El gobierno de una muger.

Le pedían á Milton que explicara la razón de que en algunos países pueda el rey ceñir la corona á los catorce años y no pueda casarse hasta los diez y ocho.—«Porque es mas difícil, contestó el poeta, gobernar á una muger que un reino.»

Milton y el duque de York.

Aunque el poeta Milton había representado un papel importante en las guerras civiles, no se le persiguió después de la restauración de Carlos II. El duque de York, que después reinó con el nombre de Jaime II, fué un día á visitar á Milton y tuvo la grosería de decirle:

—«Señor Milton, ¿no creéis que el haberos quedado ciego sea un justo castigo del cielo por los muchos escritos que habeis publicado contra mi padre?»

—«Si las desgracias son castigos del cielo, respondió el poeta, V. A. me permitirá le haga observar que yo no he perdido mas que la vista, pero el rey su padre ha perdido la cabeza.»

Sentencias y Máximas.

Reprimir todo lo posible los signos exteriores de mal humor y de violencia, es un medio poderoso para dulcificar gradualmente la irascibilidad del alma, y de hacerse así, no solamente mas agradable para los demás, sino tambien menos insoportables para sí mismo. Es tan estrecha la dependencia que hay entre el cuerpo y el alma, que basta imitar la espresion de una pasión violenta para excitarla en sí mis-

mo, y por consiguiente, la supresion de los signos exteriores tiende á calmar la pasión que indican.

La creencia en un Dios soberanamente bueno y sabio, introduce en nuestra alma una satisfacción muy dulce. La sola idea de que el orden y la felicidad prevalecen en este mundo, aplaca en nosotros la discordia de las pasiones. Lo mismo que se serena nuestra alma cuando desde un sitio apartado y tranquilo contemplamos la calma apacible de una noche de verano.

El filósofo Carneade decía: «Los hijos de los ricos y de los grandes no aprenden bien mas que una cosa: la equitación. En los demás estudios y ejercicios sus maestros los engañan con elogios falsos inspirados por la hipócrita adulacion, y sus antagonistas les ceden bajamente todas las ventajas; pero el caballo, que ignora si sostiene sobre su lomo á un simple particular ó á un alto funcionario, á un rico ó á un pobre, arroja al jinete que se tiene mal en la silla.»

Inscripcion persa.

Se ha descubierto un sepulcro en un sitio remoto de la Persia, en cuya losa se lee la inscripcion siguiente: «El que no tiene dinero no tiene crédito; el que no tiene una muger sumisa y dócil no tiene reposo; el que no tiene hijos no tiene fuerza; el que no tiene parientes no tiene apoyo; pero el que no tiene nada de todo esto, vive exento de cuidados.»

El Mausoleo de Federico el Grande.

M. Tassard, hábil escultor de Berlin, á pesar de hallarse pensionado por el Rey de Prusia, creyendo que no tenia bastante ocupacion, pidió licencia al Rey para marcharse al extranjero. Federico le dijo entonces: «Si solo deseas tener ocupacion, no te vayas: ponte al instante á hacer mi sepulcro.» El artista, satisfecho en extremo al ver que iba á tener á su cargo un trabajo de tanta importancia, respondió al Monarca: «Señor necesito lo menos diez años para concluir ese trabajo.»—«Yo te doy veinte de término,» respondió Federico presuroso.



Estatua de Garcilaso de la Vega.

SOLUCION DEL GEROLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 34.

El amor conduce al hombre á la locura, al anonadamiento y al heroísmo.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.